
Las autobiografías de historiadores, entre la literatura y el testimonio autobiográfico *

Historians' autobiographies, between literature and autobiographical testimony

Jaume Aurell**

Fecha de Recepción: 30 de abril de 2023

Fecha de Aceptación: 2 de junio de 2023

DOI: <https://doi.org/10.46553/RGES.59.2023.p.11-24>

Resumen

Este texto explora el género de las autobiografías de historiadores desde una perspectiva histórica, literaria e historiográfica. Estos textos funcionan tanto como fuente de documental histórica como artefacto literario y fuentes de transformación historiográfica. El autor postula el desarrollo, durante el siglo XX, de seis estilos autobiográficos por parte de los historiadores que escribieron sobre su vida: humanístico, biográfico, monográfico, egohistórico, postmoderno e intervencional. Cada uno de ellos representa un modo de concebir la historia para cada uno de los autores, quienes proyectan en sus autobiografías esa concepción historiográfica.

Palabras Clave: Autobiografías de historiadores; Historiografía Contemporánea; Autobiografías Intelectuales; Historia intelectual

Abstract

This text explores the genre of historians' autobiographies from a historical, literary and historiographical perspective. These texts function both as a source of historical documentary and as a literary artifact and sources of historiographical transformation. The author postulates the development, during the 20th century, of six autobiographical styles by the historians who wrote about his life: humanistic, biographical, monographic, egohistorical, postmodern and interventional. Each of them represents a way of conceiving history for each of the authors, who project that historiographical conception in their autobiographies.

* Este artículo recoge la exposición del profesor Dr. Jaume Aurell en el V Seminario *Lazos de tinta* que tuvo lugar el 27 de abril de 2022. Se trata de un evento científico que es organizado desde el año 2016 por el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias del Rosario de la Universidad Católica Argentina. En su quinta edición, fue planificado y coordinado de manera colaborativa entre el Nodo IMESC, de la Unidad Ejecutora IDEHESI - CONICET y el grupo de estudio Escrituras y representaciones del pasado GEREPEP radicado en el Nodo Instituto de Historia del IDEHESI – CONICET. La transcripción estuvo a cargo de Vera Larker. La revisión técnica y la edición del texto es responsabilidad de María Florencia Antequera y Liliana M. Brezzo.

** Doctor en Historia por la Universidad de Barcelona. En la actualidad es catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Navarra. Se ha especializado en Teoría e Historia de la Historiografía Contemporánea. Ha sido investigador visitante en las universidades de Berkeley, UCLA y Stanford. Ha impartido clases en la Universidad Católica de Chile, la Universidad Adolfo Ibáñez (Chile), la Universidad Autónoma de México, entre otras. Es autor de *Authoring the Past* (Chicago, 2012); *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies* (New York, 2016); *Medieval Self-Coronations* (Cambridge, 2020) y *Genealogía de Occidente* (Barcelona, 2017), entre otros.

Keywords: Autobiographies of historians; Contemporary Historiography; Intellectual Autobiographies; Intellectual history

Tengo que decir, en primer lugar, cuál fue la motivación de mi investigación sobre las autobiografías de historiadores. Como muchos de ustedes saben, soy un medievalista ortodoxo, o sea, me dedico a estudiar la mentalidad de los mercaderes catalanes del siglo XV¹, la historiografía medieval² –quizá por esto me ha interesado también por la historiografía contemporánea– y las autocoronaciones de los reyes medievales³. Estos son mis tres grandes temas de Historia Medieval de los que he publicado por cada uno de ellos, una monografía. Ahora estoy adentrándome en el tema del carisma en la Edad Media.⁴ Así que mi dedicación como historiador tiene un contenido muy específico, y es la que dota de sentido y de realismo mi labor teórica e historiográfica. Estoy convencido de que la teoría enriquece a la práctica, y la práctica a la teoría: son dos realidades y prácticas que no pueden disociarse.⁵

Quiero empezar por esto porque el tema de las autobiografías de historiadores es un tema muy transversal, es decir, el interés por las autobiografías de intelectuales que se dedican a nuestra misma profesión es algo que debe interesarnos a todos. En este caso estoy hablando a historiadores, aunque sé que lógicamente tratándose de un tema como la autobiografía entre la audiencia hay también gente de crítica literaria, a quienes sin duda también debe interesarles el tema. De hecho, yo siempre animo a los jóvenes doctores y a quienes recién empiezan en la investigación, de cualquier disciplina que sea, que se interesen mucho por las memorias y las autobiografías de los componentes de esa disciplina, sea la Física, la Química, las Matemáticas, la Literatura, la Filosofía, o lo que sea. Podemos aprender muchísimo de la lectura de los itinerarios de nuestros colegas.

Una de las autobiógrafas que más me impresionó fue la de la historiadora australiano-norteamericana Jill K. Conway. Ella tiene una autobiografía maravillosa, *True North* (1994), traducida al castellano como *El verdadero Norte*. En ella defiende que la verdadera magia que tienen las biografías y las autobiografías es la posibilidad de entrar en el mágico mundo de otra persona, en este caso de otro intelectual, para reexaminar la propia vida. Este es el valor

¹ Jaume Aurell, *Els mercaders catalans al Quatre-Cents. Mutació de valors i procés d'aristocratització a Barcelona (1370-1470)* (Barcelona: Pagès editors, 1996).

² Jaume Aurell, *Authoring the Past. History, Autobiography and Politics in Medieval Catalonia* (Chicago – Londres: University of Chicago Press, 2012).

³ Jaume Aurell, *Medieval Self-Coronations. The History and Symbolism of a Ritual* (Cambridge: Cambridge University Press, 2020).

⁴ Jaume Aurell, “La noción de carisma: La historización del don de Dios en la Europa medieval”, *Scripta Theologica*, n° 54 (2022): pp. 607-637.

⁵ Jaume Aurell, “Practicing Theory and Theorizing Practice”, *Rethinking History*, n° 24 (2) (2020): pp. 229-251.

enorme que tienen las autobiografías de nuestros colegas: podemos entrar en su universo, en aspectos que sólo podemos conocer a través de su memoria y que ellos nos lo desvelan. No hay otra fuente documental que pueda rastrear algunos aspectos de la vida que aparecen en las autobiografías. Si el propio sujeto no nos lo hubiera revelado, nunca lo habiéramos sabido. Esa es la primera idea que quería transmitir, el enorme interés que tienen las autobiografías como artefacto intelectual disciplinar.

El segundo aspecto que quería remarcar en esta pequeña introducción es que yo me interesé por este tema, como nos pasa en muchas ocasiones, leyendo un libro. El primer libro que leí –aquello que uno recuerda por primera vez, la enorme fuerza del original, de lo primero– es el libro de George Duby, *La historia continúa, L'Histoire continue* (1991). Este es un libro en el que empecé a interesarme porque lo aconsejaba siempre a los jóvenes doctores que se iniciaban en la disciplina histórica, en la investigación histórica, porque es un libro que se lee en tres o cuatro horitas, de pocas páginas. El libro es un resumen de su itinerario académico propiamente: Georges Duby entraría en un cajoncito muy peculiar de las autobiografías, la egohistoria, que es el de los historiadores que sólo revelan la parte académica de su vida, nada personal o emocional.

Empecé a interesarme por este género leyendo a Duby y pensé que no habría muchos más libros como ese. Pero finalmente, cuando completé un estudio más sistemático, conseguí una lista de 460 autobiografías sobre las que se basa la monografía que he escrito *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies* (2017). A través del estudio sistemático de esas 460 autobiografías, me di cuenta de que esos textos tenían una clasificación temática y de “género” completamente diferente muchos de ellos. Esta diferente clasificación –que yo empezaba a hacer por el tema– remitía también al tiempo en el que fueron escritas.

Después de las crónicas autobiográficas de la Edad Media –sobre todo, las “memorias de cruzadas” y las “autobiografías de los reyes”– y del período clásico que representan las autobiografías maravillosas de Edward Gibbon, Beatrice Webb y Henry Adams, en el siglo XX distingo seis periodos que responden a la realidad de cada momento en la historiografía en el que se insertan. Es interesante observar cómo las propias autobiografías de historiadores se enmarcan en un contexto historiográfico particular, además del propiamente literario-autobiográfico. Es decir, las autobiografías que escribieron Robin Collingwood y Benedetto Croce, respondían también a las condiciones historiográficas de su tiempo y las que han escrito hace muy poco algunos historiadores posmodernos reflejan las circunstancias intelectuales y específicamente historiográficas de su tiempo.

¿Qué conclusión saqué de estas distinciones? Que las autobiografías de historiadores se pueden leer a dos niveles. Primero, a un nivel puramente literario, porque son artefactos literarios, y segundo, a un nivel plenamente historiográfico, es decir, ellos mismos son libros de Historia a los que se les pueden asignar determinadas condiciones y características historiográficas basadas en los métodos convencionales de la Historia intelectual. Recuerdo que leyendo bibliografía de los Estudios Literarios sobre autobiografía había una fórmula que a mí me pareció mágica. La autobiografía funcionaría como un *doble agente* en el sentido que nos da una parte subjetiva, memorística y emocional y otra parte que es un relato de acontecimientos que entra dentro de lo objetivo, de lo propiamente histórico.

La consideración de la autobiografía como doble agente nos permite ahondar en las diferencias, paralelismos y analogías entre ficción y realidad. Erróneamente, tendemos a identificar la ficción con lo subjetivo y la realidad con lo objetivo, pero en realidad lo subjetivo también forma parte de la realidad, lo que pasa es que es una realidad subjetiva, al igual que la ficción puede tener también algo de objetivo, que es su aspiración a la verdad. Los historiadores, de hecho, somos sujetos, y actuamos como autores de una narración histórica. Cuando oigo “esta es la historia más objetiva, esta es una biografía definitiva” empiezo a dudar completamente de su objetividad y de su durabilidad. En realidad, los historiadores no nos podemos escapar de nuestro sujeto y, por tanto, todas nuestras narraciones –aunque bajo el pacto del realismo, de la honestidad intelectual histórica, de respetar la referencialidad – son necesariamente subjetivas.

Aquí entra la otra frase maravillosa que a mí me ha servido mucho como impulso para iniciar mi libro sobre autobiografías de historiadores. La frase es de E. H. Carr en su grandísimo libro *¿Qué es la historia?*, obra que fue publicada originariamente en 1962 pero que leemos hoy día y nos parece que está escrita en el año 2022, ya que posee el lenguaje de los clásicos. Carr nos da el siguiente consejo: “antes de estudiar la historia, estudia al historiador”. Hoy día yo les digo a mis estudiantes “es fantástico que vosotros oís el nombre de un historiador en clase, o en una nota a pie de página, y podáis ir a Wikipedia, tenéis una introducción que os enmarca perfectamente el personaje”. Recuerdo mi obsesión en los años 80, cuando estudié la carrera de Historia en Barcelona. Oía por primera vez un nombre – Jacques Le Goff, Georges Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie, Lawrence Stone– y me iba apasionadamente a las bibliotecas, a las enciclopedias, a lo que había y era difícilísimo seguir el curso de esos historiadores. Pero era una pasión que compartíamos los historiadores más entusiasmados que estábamos en clase. Siempre decíamos “el profesor ha hablado de no sé quién, quién será este, de dónde será”. Hoy día tenemos estos grandes instrumentos y tenemos

que utilizarlos. Por eso quería remarcar que subjetividad no significa ni muchísimo menos poca historicidad, sino una historicidad algo diferente.

Otra enseñanza de las lecturas de las autobiografías de historiadores es el reconocimiento de los diferentes géneros históricos, es decir, de las diferentes *formas* en las que los historiadores representamos el pasado. Yo tuve la fortuna de poder profundizar en los géneros históricos en los largos años de elaboración de mi libro sobre la historiografía medieval catalana.⁶ En ese libro me interesé muchísimo por los géneros históricos, tal como se practicaban en la Edad Media. En el caso de una pequeña zona de Europa como Cataluña, la pluralidad de los géneros utilizados por los historiadores-cronistas fue extraordinaria. Se empezó privilegiando el género de los Anales, hacia los siglos X y XI. Los Anales recogen sistemática y sucintamente los eventos más importantes de un reino en estricto orden cronológico, casi con un esquematismo cronológico muy grande, basados en los anales precisamente del mundo romano. Algunos ingenuos tendían a pensar que estos anales no tienen tanta fuerza histórica como las narraciones actuales, pero la tienen probablemente mucha más porque marcaban unos cánones de unas fechas y, como todos sabemos, la memoria colectiva se genera a través de ese recuerdo de los grandes eventos de las naciones, de los reinos, de los Estados. Pero después –en la Europa de los siglos XI y XII, con la emergencia de los linajes– la Historiografía empezó a hacerse en forma de *genealogía*, esas narraciones que empezaban mitificando a los reyes fundadores, luego a los condes fundadores, luego sus sucesores. Pero después, con las cruzadas, el género histórico más popular y privilegiado, verdaderos *best sellers*, empezaron a ser las autobiografías de cruzados. Incluso hay unas autobiografías de reyes que tuve la fortuna de poder estudiar, dos autobiografías de reyes aragoneses, Jaime I del siglo XIII y Pedro el Ceremonioso del siglo XIV, escritas en un bello catalán, que son asimilables a las memorias de cruzadas y a los espejos de reyes, respectivamente. A finales de la Edad Media, por fin, se privilegiaron las crónicas universales.

Todos estos géneros tuvieron una correlación cronológica, pero se fueron acumulando de modo que, a modo de red barredera, se fueron practicando todos ellos al mismo tiempo también. Esto me hizo pensar que en la Edad Contemporánea a veces somos demasiado ingenuos y pensamos que el único género histórico que realmente vale la pena es la monografía. Desgraciadamente, hoy día parece que lo único que vale la pena es el *paper* porque es el que, al menos en Europa, contribuye a que tú puedas ir escalando en la vida

⁶ Jaume Aurell, *Authoring the Past...*

académica. Esto es terrible porque el alcance de un *paper* no da para concluir nada históricamente. La monografía tiene ese espectro en el que uno puede comentar y desarrollar una tesis, basada en los miles de datos necesarios para dotarle de la suficiente autoridad.

No obstante, la monografía y el *paper* no son los únicos géneros históricos, hoy día, y debemos saber identificarlos. Aunque no nos lo parezca, la historia se sigue haciendo a base de genealogías: cualquier historia nacional es una genealogía porque nos habla de unas fases casi orgánicas de esa nación, en sus diferentes períodos esenciales. En ese sentido, entre los géneros históricos o al menos las plataformas históricas, imaginarán la importancia que tienen hoy día los juegos en los ordenadores, que pueden dar una información muchísimo más inmediata que cualquier libro. Otro género, o quizás mejor otra plataforma, muy actual es Wikipedia. Pero hay otros muchos géneros, otros medios de representar la historia. Y en ese sentido, yo echaba en falta el género de las autobiografías. Me parece que es esencial que los historiadores tengamos una visión un poco más plural y dinámica de los géneros históricos que se desarrollan. La autobiografía es uno de los géneros históricos, como la biografía es otro género histórico, la monografía es otro, el *paper* al que he hecho referencia antes es otro, y cada uno puede ir considerando esta variedad de ejemplos. Aquí lo que es importante también es distinguir dentro de cada género cuál es el que se adecua mejor a cada necesidad. Podemos saber esto, por ejemplo, a partir de textos de finales del siglo XX, gracias a esas grandes narraciones de Natalie Zemon Davis, *El retorno de Martin Guerre* (1982), la microhistoria de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos* (1976), que nos permitieron adentrarnos en el mundo de la historia narrativa, que tanto éxito han tenido, que han sido tan útiles.

La autobiografía de historiadores ha derivado en una plataforma de intervención historiográfica privilegiada. En estos últimos decenios, los historiadores que hacen su autobiografía están intentando intervenir en el debate historiográfico tanto desde el punto de vista metodológico como teórico y práctico. En este sentido, ahora hay unas autobiografías impecables, como la de Geoff Eley, *A crooked line* (2005) cuya traducción *Una línea torcida* está disponible en las ediciones de Universidad de Valencia, o la de John Elliott, que acaba de publicar *History in the Making* (2012), traducido como *Haciendo historia* (Taurus).

* * *

En esta segunda parte de mi texto, me centraré en cada uno de los seis estilos autobiográficos que he podido distinguir a través del análisis de estas 460 autobiografías. Los seis estilos se desarrollan por pares, es decir, hay dos estilos que se desarrollan en la época de

entreguerras, dos estilos que se desarrollan en la época de posguerra y hay dos estilos finalmente que se desarrollan ya a partir de los años 80 y 90, de lo que podríamos llamar ya un periodo posmoderno.

El primer estilo es el estilo humanístico, los dos ejemplos impecables de este estilo son dos historiadores conocidísimos, clásicos, como Benedetto Croce y Robin Collingwood y, que además llevan ambos el mismo título: *An Autobiography*, publicadas en 1927 y 1939 respectivamente ¿Por qué son humanísticas? Las denominé así porque estos autores presentan un contexto idealizado de su propia formación académica en el que la formación clásica es esencial, son gente que sabe perfectamente las lenguas clásicas, latín y griego. Para ellos el desarrollo de la historia está perfectamente conectado con esas grandes ideas desarrolladas por el mundo grecolatino, tienen una visión muy interdisciplinar de la historia. Para ellos la historia es indisoluble de un análisis de la buena literatura clásica de todos los tiempos. En sus autobiografías por ejemplo un aspecto relevante es que hablan de sus lecturas, particularmente de las lecturas de los clásicos que hoy echamos tanto en falta incluso en nuestros planes de estudios de la carrera de Historia.

Otro aspecto en el que son humanísticos es que idealizan mucho sus viejas universidades, para Collingwood la Universidad de Oxford, Cambridge y para Croce la Universidad de Nápoles. Hay otro ejemplo cuya lectura me impresionó mucho: Eric Voegelin, *Autobiographical reflections*. Voegelin era un historiador total, con un dominio abrumador de todas las disciplinas humanísticas y muchísimas lenguas, que se especializó en la teoría política. Se formó en Viena, el centro intelectual de Europa hasta la Primera Guerra Mundial. Estas autobiografías más bien cortas, tienen la apariencia más bien de ensayos intelectuales, y cuentan sus experiencias no sólo desde una perspectiva historiográfica sino también de todas las condiciones que rodean sus vidas intelectuales, sobre todo, y por tanto sólo excepcionalmente desvelan los detalles personales –como sucede en la impresionante narración del terremoto que experimentó Croce, donde perdió a alguno de sus familiares más cercanos.

Después viene el segundo grupo, las autobiografías biográficas de los historiadores de la época de entreguerras. Es interesante porque en estas autobiografías, que sobre todo la practican historiadores norteamericanos de los años 20, 30, 40, conciben la autobiografía como una biografía. Se trata de la primera generación de historiadores propiamente profesionales, porque las universidades norteamericanas y las alemanas son las primeras que tuvieron este impulso profesionalizador. A ellos les cuesta mucho hacer una autobiografía emocional subjetiva y se documentan incluso en los primeros años de su vida. Muchos de

ellos –Arthur M. Schlesinger Sr., William Langer, y A.J.P. Taylor– empiezan su autobiografía escribiendo “yo nací en tal siglo, tal día mis padres eran tal y cual, y procedían de tales lugares y contextos, y mi infancia la pasé de este modo...”. La narración de la propia vida llega hasta *su* momento, cuando ellos ya están habitualmente jubilados. Pero hacen un impecable seguimiento de su biografía, es como tomar distancia de su propia vida y dibujar la biografía, contando sobre todo con su fuente memorística. Otro aspecto que me parece muy interesante de este segundo estilo que es el de las autobiografías biográficas es que, sobre todo, aparecen como gente profesional de la historia, deben remarcar mucho esto porque es verdad que la generación anterior suya eran más los aficionados o aquellos que tenían otros trabajos interdisciplinarios pero se dedicaban prioritariamente a la historia. Pero ya hay en esta época una profesionalización de la historia, normalmente asociada a su entrada en las universidades. Estos son los dos primeros estilos: el humanístico y el biográfico.

El siguiente estilo se produce con la gran ruptura de la Segunda Guerra Mundial, que supuso para la historia intelectual un antes y un después muy acentuado. En primer lugar, el cambio se produjo por la espeluznante tragedia del Holocausto que afectó mucho a la Historiografía. Muchos de los grandes historiadores del siglo XX han sido judíos. Muchos de ellos sufrieron el Holocausto, o por lo menos sus padres y abuelos. Muchos fallecieron. Otros sobrevivieron y emigraron a Norteamérica, cosa que enriqueció muchísimo la Historiografía norteamericana, de eso se podría hacer un libro maravilloso.

El caso es que a partir de la Segunda Guerra Mundial se producen dos estilos de hacer autobiografía de los historiadores. El primero de ellos es el de las autobiografías monográficas. Así como los anteriores de los que he hablado, son autobiografías biografiadas, las nuevas autobiografías que escriben Eric Hobsbawm, Annie Kriegel, Richard Pipes, Felix Gilbert, son autobiografías muy bien documentadas. Muchos de ellos acuden a documentación externa a la memoria de uno mismo, cotejan recuerdos con documentos. Esto es muy interesante, algunos de ellos también llegan a romper el llamado *pacto autobiográfico* (basado en la confianza que tiene el lector con la memoria del autor) e introducen notas a pie de página en las autobiografías, lo que contraviene completamente el espíritu de las autobiografías. Por eso son autobiografías tan densas, al estilo monográfico, y son tan peculiares.

Recuerdo –voy a apuntar un recuerdo autobiográfico mío también– que cuando empezaba a estudiar este tema, mis colegas de la crítica literaria en la Universidad de Navarra se interesaron por él, y me pidieron que dictara un seminario sobre este género. En un momento de mi intervención mencioné, algo descuidadamente, como dando por hecho que

era algo natural, que algunos historiadores-autobiográficos incluían notas a pie de página para legitimar sus aseveraciones. De repente, estalló una carcajada entre la audiencia. Me sorprendió su reacción. Resultaba que, para los especialistas en crítica, la nota al pie de página en una autobiografía no tiene ningún sentido. Es decir, contraviene al espíritu del género.

Por lo tanto, esas autobiografías respondían mucho a los paradigmas de la posguerra. Sus autores eran grandes historiadores que estaban plenamente imbuidos de los paradigmas historiográficos de posguerra: el estructuralismo, el marxismo y el cuantitativismo. La Historia se concebía como una ciencia y por tanto se desconfiaba de la subjetividad, lo contrario de la posterior fase posmoderna de la Historia. Se trata, lógicamente, de unas autobiografías de lectura algo tediosa, aunque apasionante por los hechos históricos que van narrando, habitualmente muy largas, que funcionan más como un documento histórico que como un artefacto literario propiamente. El siguiente estilo, que sería el cuarto estilo, el segundo de la posguerra después del monográfico, es el conocido como *ego-histoire*. Para muchos, la autobiografía de historiadores se limitaría a este estilo, la *ego-histoire*, que recibió este nombre del libro que editó Pierre Nora en 1987 con el título *Essais d'ego-histoire*. Nora invitó a los historiadores más famosos de su época, desde Maurice Agulhon a Michelle Perrot, Pierre Chaunu, René Rémond, Georges Duby y Jacques Le Goff; y les pidió que hicieran una explicación de su propia historia según su perspectiva. Pero de esto surgió un género muy específico de la autobiografía de historiadores que es la egohistoria, esta sí que tiene un nombre específico, en las que los historiadores tenían un gran pudor de contar experiencias personales. En la contraportada del libro, el propio Nora definía la egohistoria del siguiente modo:

Ni autobiografía falsamente literaria, ni confesiones innecesariamente íntimas, ni abstractas profesiones de fe, ni salvajes intentos de psicoanálisis. El ejercicio consiste en iluminar la propia historia como se iluminaría la historia de otro, en tratar de aplicarse a sí mismo, cada uno en su estilo y con sus métodos, la mirada fría, abarcadora y explicativa que tantas veces ha arrojado sobre los demás. Corresponde al lector apreciar lo que el resultado aporta en términos de renovación a los géneros probados de la memoria personal y de una comprensión más profunda del tiempo.⁷

⁷ Pierre Nora, *Essais d'ego-histoire* (Paris: Gallimard, 1987).

Recuerdo que, cuando descubrí este nuevo género, estaba leyendo al mismo tiempo la autobiografía de Annie Kriegel, un típico caso de autobiografía monográfica. Esta historiadora francesa del partido comunista francés, que escribió una monografía sobre el partido comunista francés y que al mismo tiempo militó también en el mismo partido, pudo expresar en su autobiografía la intensa experiencia que supone para un historiador estar viviendo el mismo evento que está narrando. Luego, como muchos otros intelectuales de este período, se desangeló del marxismo y abandonó el partido comunista. En su autobiografía, contaba cosas tan personales –y dolorosas– como la de una triste experiencia que tuvo cuando se dirigió al gran maestro Fernand Braudel y le manifestó su deseo de realizar una tesis doctoral. Estuvieron un buen rato hablando y en un momento dado ella confesó que estaba esperando un hijo, ante lo cual Fernand Braudel comentó tácitamente “*délicat, Madame, délicat*”.

Una historia muy dura. Braudel le dijo efectivamente “delicado, señora, delicado”, como diciendo no sabe a lo que usted se expone a hacer una tesis doctoral con la maternidad, junto a las exigencias que le podía poner un director como Braudel. Pero esas fueron precisamente las palabras que la espolearon a hacer una tesis doctoral maravillosa sobre el partido comunista. Una bonita historia. Pero ese tipo de historia, tan personal, es la que nunca contarían los *egohistoriadores* como Maurice Agulhon, Georges Duby, Jacques Le Goff en sus ensayos de egohistoria. De estos últimos hay un modelo magnífico que es precisamente el artículo que publicó Fernand Braudel en el *Journal of Modern History*, titulado “Personal Testimony”, que fue pionero entre los ensayos de egohistoria.⁸ Braudel empieza su artículo autobiográfico admitiendo que si no le hubieran insistido tanto los editores de la revista, no se hubiera lanzado a hablar de sí mismo. Para los egohistoriadores, traspasar el umbral de lo subjetivo es una dificultad muy grande, porque contraviene a todos sus postulados historiográficos, bien sean marxistas, estructuralistas, cuantitativistas e incluso de *mentalités*, tal como la practicaban los miembros de la tercera generación de los Annales. Pero hemos sido afortunados de que superaran esa reluctancia inicial, puesto que esto permitió que nos legaran un testimonio iluminador, reflexionando historiográficamente sobre sus propios itinerarios intelectuales.

La siguiente dupla de estilos autobiográficos de los historiadores se produce ya en la época posmoderna. Utilizo la categoría *postmoderna* como categoría historiográfica, es decir, aquella historiografía que podemos ubicar después de la *Metahistoria* de Hayden White, de

⁸ Fernand Braudel, “Personal Testimony”, *The Journal of Modern History*, vol. 44, n° 4 (1972): pp. 448-467.

1973, de la historia narrativa y todo lo que vino después. De estos dos nuevos estilos –el narrativo-postmoderno y el performativo-intervencional– tengo que confesar que son con los que más he disfrutado leyendo autobiografía, porque el artefacto autobiográfico se convierte en algo mucho más verdaderamente literario y narrativo, es un verdadero relato. Sus autores dominan mucho mejor la técnica narrativa, en comparación a sus predecesores *científicos* de los paradigmas de la posguerra, o los humanísticos de entreguerras.

El primero de estos dos estilos podría denominarse como autobiografía posmoderna, narrativa u histórico-ficcional. Son historiadores del fin de siglo, años ochenta y noventa, que ya se deciden por escribir autobiografías, como la escribiría cualquier intelectual, como la escribiría cualquier poeta. Entre ellas destaca *Landscape for a Good Woman* (1987) de Carolyn Steedman; ella es una historiadora británica que escribió un relato maravilloso de su infancia en el que hacía un ejercicio impecable de historia social. Es la dramática historia de una mujer de clase obrera, en la Inglaterra de la posguerra, que descubre su conciencia de clase progresivamente, y utiliza su autobiografía –que es muy imaginativa– para exponer un relato verdaderamente historiográfico de lo que para ella es la historia social de la Inglaterra de ese tiempo para un miembro de la clase obrera. Al mismo tiempo, esto estaba siendo expresado por el clásico de Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963). La historia de Thompson es el contrapunto objetivo-historiográfico del subjetivo-autobiográfico de Steedman.

Otro ejemplo de este estilo postmoderno es la de Robert A. Rosenstone, que se titula, significativamente, *Adventures of a Postmodern Historian: Living and Writing the Past* (2016). Rosenstone realiza el típico gesto irónico de la postmodernidad, mostrándose irónicamente como un ejemplo perfecto de postmodernidad, cuando él mismo siempre ha mostrado un gran escepticismo sobre esta etiqueta. Se trata de un verdadero relato en el que hay cuestiones en las que se identifica la utilización de la propia imaginación del autor para expresar realidades históricas, y se exploran los umbrales entre historia y ficción, entre memoria e imaginación. Pero Rosenstone es muy honesto y dice que a él le parece que “somos lo que nos han contado”, transponiendo la frase popular “somos lo que comemos”, pues somos las historias que nos han contado. Por tanto, él dice “yo os voy a contar algunas historias, que no se verifica su veracidad, pero son historias que yo he vivido o que me han contado y eso ya es suficiente garantía de veracidad para mí”. Este texto presenta, entonces, ese juego entre historia y ficción que es muy interesante sabiendo que estamos leyendo género autobiográfico, es decir, el engaño sería que los lectores no reconocieran que están

escribiendo autobiográficamente. Pero dentro del género, la memoria y la imaginación juegan un papel más importante y, por tanto, más que disculpar las podemos comprender.

La última que quería citar de estas autobiografías posmodernas es la maravillosa narración –maravillosa en el doble sentido; de buenísima y un poco maravillosa, ficcional– de Carlos Eire, *Waiting for Snow in Havana* (2003), cuya traducción es algo así como *Esperando a que nieve en La Habana*. Carlos Eire es un profesor de la Universidad de Yale que escribe sobre milagros de monjas españolas del siglo XVI, que es una perspectiva muy historicista, muy sutil, muy religiosa y tiene una historia de vida muy dramática, sobre todo su infancia. Él perteneció a la generación de los Peter Pan, los hijos que fueron expelidos por sus padres a Estados Unidos cuando empezó la revolución castrista. El régimen de Castro, cuando se empezó a dar cuenta de esto, no dejó a los padres reunirse con sus hijos en Estados Unidos. Muchos de estos niños, como Carlos Eire, tuvieron que pasar 10 o 15 años de su infancia en orfanatos o con amigos de sus padres, y no conocieron a sus progenitores hasta que el régimen lo permitió. Recordarán entonces la historia de Elián. En noviembre de 1999, una madre quiso pasar de Cuba a Florida en un barco y murió en la travesía, pero milagrosamente su hijo Elián sobrevivió. Cuando en las costas de Florida hallaron el bote, se encontraron a la madre abrazada al hijo, este había sobrevivido gracias al instinto maternal de esta mujer que falleció, pero el niño pudo entrar en Norteamérica. Comenzó entonces un gran debate porque Castro dijo que Cuba ama a sus hijos y pidió la extradición de Elián, obligándole a que volviera a Cuba. Para Carlos Eire aquello fue como un volcán de indignación porque dijo “bueno, ahora tú sí que quieres que tu gente se reúna en tu país con sus padres –en este caso con el padre que había quedado en Cuba– pero a nosotros nos privaste de nuestros padres en los 70, cuando nos fuimos a los 3 o 4 años”. Le pareció una hipocresía tan cruel que se puso a escribir frenéticamente, al regresar de su trabajo en Yale, entre 10pm y 4am., la historia de su infancia. Empieza ahí una historia maravillosa en la que él cuenta parte de historia, parte de una historia imaginada, al estilo de las autobiografías de infancia, pero que expresa maravillosamente esa realidad de su infancia.

Las autobiografías de Rosensentone, Steedman y Carlos Eire son buenos ejemplos de las autobiografías postmodernas, como lo son también los magníficos relatos de Jill K. Conway (*True North*, 1994) y Gerda Lerner (*Fireweed*, 2002), sendas historias de bravas mujeres que, desde su sólida plataforma de historiadoras de gran prestigio, contribuyeron decisivamente a las luchas del feminismo originario, ese hecho de realidades, no de utopías ni demagogias.

El sexto y último estilo autobiográfico sería el intervencional o disciplinar. *Intervencional* no es precisamente una palabra muy poética, pero es la que me parece que mejor refleja la realidad de estas autobiografías. Sus autores son historiadores que en un momento determinado de su carrera quieren intervenir en el debate historiográfico, utilizando precisamente su propio itinerario como testimonio vivo de las transformaciones de la disciplina durante los decenios que les ha tocado vivir.

Quizás la más modélica en este sentido es la de Geoff Eley, *Una línea torcida* (2005), mencionada anteriormente. Eley relata precisamente esa evolución tan quebrada de la historiografía en el último medio siglo: “yo me formé en una universidad británica donde se explicaba una historia muy tradicional, durante mi tesis doctoral entró el marxismo de una manera brutal, después me introduje en la seguridad científica que daba el marxismo, y posteriormente la perdimos completamente con las oleadas posmodernas y luego se ha instaurado, finalmente, una tercera vía”. Esta última es la línea con la cual a él le interesa intervenir en el debate, postulándola como buena; es la nueva historia social y cultural, que está cogiendo lo mejor de la historiografía científica y de la historiografía narrativa.

Recuerdo también dos ejemplos magníficos. Por un lado, ese pequeño relato de Natalie Z. Davis (“A Life of Learning”, 1997) que para mí es una historiadora absolutamente referente, inescapable hoy en día para cualquier estudiante: referente no solo de escritura histórica sublime, sino también en una realista lucha por las reivindicaciones sociales y feministas. Es una autobiografía en la que cuenta muy bien el compromiso del historiador: a mí me recuerda mucho a Marc Bloch, tres generaciones atrás. Por una parte, el historiador debe estar en una torre de marfil estudiando sus documentos, en bibliotecas y archivos, con sus aparatos y sus fuentes. Pero por otro, debe salir también de esa torre de marfil, que debe intervenir en el mundo para mejorarlo, sin necesidad de manipular la historia.

Por otro lado, me impresionó mucho la autobiografía de Gabrielle Spiegel (“France for Belgium”, 2007), mucho más intelectualista, que refleja maravillosamente bien cómo se adentró ella en el giro lingüístico, y las implicaciones que esto tuvo en la autocomprensión de su propia vida. Spiegel provenía de una familia europea, su madre era belga, y por tanto hablaba francés, su padre era alemán y por tanto hablaba alemán; y cuando ella tuvo que ir a Estados Unidos –porque los padres tuvieron que exiliarse, con el nazismo pisándoles los talones– tuvo que aprender y practicar inglés en la escuela. Entonces ella decía “yo adoraba el francés porque era la lengua en la que mi madre me hablaba desde pequeña, temía al alemán porque era el lenguaje en el que mi padre me corregía y tuve que aprender el inglés desde pequeña y por tanto mi ámbito público fue generado en este”. Argumentaba algo así como

“¿cómo no darle importancia a la lengua? ¿Cómo no puede ser para mí importante la lengua como un intermediario necesario para transmitir la realidad histórica?”.

Yo creo que hasta aquí es lo que yo quería transmitir como ideas básicas. Quiero remarcar que para mí fue muy interesante poder localizar cada texto autobiográfico dentro de un estilo que respondía a una época. Una de las críticas más inteligentes que he recibido es de una crítica literaria australiana que escribió una reseña de mi libro y dijo “a mí me parece que en este libro se nota demasiado que su autor es *muy* historiador, porque intenta poner en las casillitas a cada una de las autobiografías, hizo unas categorías pues como hacen los historiadores”. Era cierto. Pensé que un buen modo de comprender las 480 autobiografías que tenía encima de mi mesa era categorizarlas según su estilo literario e historiográfico. Por tanto, la crítica de esta académica era real, puesto que el género autobiográfico es lo suficientemente rico como para no poderse encasillar. Lo que pasa es que lo peculiar de esas autobiografías responde al hecho de ser escritas por historiadores. Por lo tanto, creo que nosotros cuando escribamos nuestras memorias se notará mucho nuestra propia formación intelectual, académica, historiográfica. Mucho más que, por ejemplo, *Vivir para contarla* de García Márquez, que no tiene ningún criterio a la hora de ser clasificada. Sin embargo, yo sí que pude clasificar a estos historiadores y sus textos.

Pienso que la mayor utilidad de quienes puedan leer estas páginas es que haya incentivado a leer algunas de esas autobiografías de historiadores, especialmente las que he mencionado explícitamente. Para mí, esos textos tienen un valor que da “gato por liebre”, puesto que tienen un triple interés: el literario –por ser artefactos literarios en sí mismos–, el histórico –por funcionar también como fuentes primarias de los acontecimientos que están narrando– y el historiográfico, por analizar detalladamente las transformaciones que ha sufrido la disciplina histórica durante el último siglo.